

con ellos, por la sencillísima razón de que es pretender lo imposible querer tener una religión sin que haya sacerdotes que la exploten. Por esto los librepensadores, tirando por la calle del medio, decimos, que es tonto de capirote ó tuno de profesión, para los efectos de la idolatría, todo aquel que á título de maestro ó de discípulo se ocupa en la ciencia imposible de la nigromancia, ó como se llame ese embolismo de las *trimurtis* fabricadoras del mundo y su contenido, sin exceptuar el licor del polo de Oribe.

CCXII

LA PROFECÍA DE JOEL

Joel es el segundo de los profetas chicos. Pero, ¿quién fué Joel? Nadie lo sabe. Digo, saberlo si lo sabe el Espíritu Santo, por la sencilla razón de que lo sabe todo. Mas, como se olvidó de apuntarlo en la *Biblia*, de aquí las calabazadas que se han dado los intérpretes por averiguar quién Joel fuere, cuándo y cómo Joel viviera. Resultado de sus averiguaciones: el mismo de siempre: tantas opiniones como cabezas, en caso que merezcan este nombre los remates superiores de los individuos dedicados á la teología dogmática y á la interpretación bíblica.

Lo que aparece taxativamente en el libro canonizado por el Papa, es que Joel fué hijo de Fatuel, ó lo que es lo mismo, que Fatuel fué el padre de Joel, noticia de grande interés para la fabricación económica de los calzoncillos de franela, ahora que marzo ha vuelto el rabo señalando al polo, en demanda de nevadas y celliscas. Consta también que el ciudadano Joel fué el tatarabuelo teológico de esa caterva de cleriguillos dados á las rogativas para implorar del cielo aguas en tiempo de sequía, ó solazos en temporales aguaceros, y sacar por tan linda manera los cuartos á los cándidos labradores,

Porque toda la profecía que el buen Joel nos endilga, dividida en tres partes ó capítulos para mayor gala del arte y más fino camelo de creyentes, se reduce á anunciarles á las dos tribus de Judá y Benjamín, que sobre ellas vendría la más horrible carestía, á causa de no llover del cielo otra cosa que bicharracos de la estirpe de las langostas; llamándolas con tal motivo á llorar, desesperarse y clamar al cielo; lo cual considero sencillamente una broma pesadísima; pues harto me parece que un hombre se vea afligido, para que todavía venga un profeta á decirle que rabie, lllore y patalee.

Los resortes cómicos de esta clase de piezas teológicas, representables al aire libre, son conocidísimos. ¿Llueve hasta podrirse el trigo? Pues es que Dios está irritado con los labradores, á causa de su falta de religiosidad, y hace falta sacar la Virgen X y el santo Z de paseo, para que Dios fabrique, por consideración á ellos, y en beneficio de los clérigos, una buena tanda de días con buen sol, que seseque la tierra y pongan lozanos los sembrados. ¿Atiende Dios el ruego?— Pues es que los pillos no han impetrado con bastante eficacia la piedad divina, y vuelta al paseito de los santos, y vuelta la rueda de ochavos en el bonete del cura. Los cuales se pasarían muy á su gusto la vida metiendo y sacando en la Iglesia sus trabajos esculturales en hombros de vidios implumes, si no fuera regla universal que no hay mal ni bien que cien años dure, y si no fuera refrán muy sabio aquel de que nunca llueve á gusto de todos; pues de cura sé yo que, sacando un San Sebastián de roble en rogativa de lluvias, como resultara fulminante la gracia del glorioso mártir y sobreviniese un chaparrón disforme, sufrió en el cráneo el coscorrón tremendo que le infirió el leño consagrado al caer de sobre las andas en que le llevaban los jayanes, que, con la mucha agua, perdido primero el

compás de la marcha, se resbalaron de pezuñas.

Aparte estas consideraciones, puramente encaminadas á librar las almas bien nacidas del ridículo de las rogativas y de la explotación clerical, no sé qué pueda decir, que merezca la pena, de la barrabasada profética de Joel.

Anotaré, sin embargo, esta descripción.

«Ante la faz de el fuego devorador, en y pos de él llama abrasadora: la tierra delante de él como un jardín de delicias, y en pos de él un desierto asolado.»

Cualquiera preguntará quién es este ÉL, para cogerle al descuido, si es posible, y darle una mano de azotes que le deje para toda su vida escarmentado de venir á la tierra y convertirla de un jardín en un desierto. Pues bien, en secreto, yo te diré, lector, quién es ÉL. Es el día del Señor; con que si puedes, apescolla al tal Señor, para que no sobrevenga su día, ó de venir que venga tras el día de San Silvestre, en que deberían celebrar el suyo cuantos católicos quedan en el Universo mundo, que todavía creen en las profecias de á perro chico.

También es verdad que los intérpretes, en descargo de su mochila, pues no quiero suponer que tenga conciencia (sería ofenderlos!) dicen que este día del Señor por Joel descrito, es el día de las langostas y bicharracos congéneres que asolan los campos; de donde podría, lógica é indeclinadamente deducirse, que el Señor de este cuento es la langosta. No quiero llevar á tal extremidad las cosas: me contento con creer que la verdadera langosta son los clérigos, no Dios.

La prueba de ello es que el clérigo Joel, después de describirnos con negras tintas el día del Señor, toma el nombre de éste y dice á sus feligreses:

«Convertíos á mi de todo corazón, con ayuno, y con llanto, y con gemidos...» y traedme de

paso buenas tortas y pichones en olocausto buenos reales de á cuarto en ofrenda.

En realidad de verdad, lo que he puesto tras los puntos suspensivos no lo escribió Joel; pero aunque no lo escribiese, evidentemente lo pensó; pues ni los modernos ni en los antiguos tiempos tomó presbitero alguno en boca el hombre de Dios, sin tomar al mismo tiempo el dinero del bolsillo de los fieles. Estas invocaciones, que en nombre de todos hacen unos pocos (aun siendo pocos con relación al todo, me sobran á mi las diez décimas partes) todavía nos cuestan hoy día á los españoles cuarenta y cinco millones de pesetas de Junio á Junio; dando la vuelta por Febrero.

Más adelante escribe Joel estas palabras, en un momento de expansión y sinceridad:

«Perdona, Señor, perdona al pueblo; y no des tu heredad en oprobio, para que les dominen las naciones; porque dicen en los pueblos: ¿en dónde está el Dios de ellos?»

Es hasta donde un capellán pueda llevar su desvergüenza y atrevimiento, esto de picarle el amor propio á la divinidad para obligarla por puntillos de honor en competencia con otros dioses, á hacer lo que al clero castrense le conveniga. Pero, *con todo y eso*, la buena de la divinidad la mayor parte de las veces ha hecho y hace de estas gatadas presbiteriales el mismo caso que yo de la fe política de Martos, ó de los reclamamos-manifiestos de la minoría republicana para que la saquemos del pozo seco en que la han hecho caer sus melifluidades oposicionistas á la monarquía restaurada.

Palabra de Dios, escrita por Joel:

«Derramaré mi espíritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones.»

Cuyo cumplimiento estamos viendo en estos

días. Pues en vez de cosa tan sencilla como fuera que todos los buenos republicanos, dejándose de embolismos y monsergas, se unieran en la amplia y generosa coalición pactada, para hacer juntos en un día el trabajo que separados no podrán ejecutar en cuatro años, cádate que derramado el *espíritu* sobre toda carne, todo bicho viviente se ha metido á profetizar, declaración en ristre y manifiesto en mano, dando en la flor de pensar que puede resolverse con palabras vanas un problema que exige cerrar los ojos y acometer para derribar lo que estorba.

Profetizan los padres graves: profetizan los hijos: profetizan los nietos; y para que la palabra de Joel le venga á este nuestro desdichado tiempo como anillo al dedo, se dan ancianos que sueñan sueños sinalagmáticos, y jóvenes que ven visiones, y hata las hacen por esas provincias de Dios, bufando contra los que les enseñaron á usar el pañuelo para limpiarse las narices por considerar más pulcro sonarse con los dedos.

Por fortuna, todo pasa en este mundo, y pasará la chifladura de los manifiestos, y de los partiditos, y de las partidas de predicadores ambulantes, a tanto por kilómetro y discurso, y de las otras partidas restantes de oposición profundamente respetuosa hacia la legalidad, y sobre ese campo de Agramante se tenderá el iris de la coalición, atrayendo todos los ojos y subyugando todos los corazones.

Y digo que pasará eso porque también pasará esto, y pasará todo, hasta las propias pasas de Málaga; pues si vemos cumplida aquella palabra de Joel, no sé por qué no se haya de cumplir esta otra:

«Levántense y vayan las gentes al valle de Josefá; porque allí me sentaré para juzgar todas las gentes en contorno.»

Con que levantémonos y vayamos todos, no al

valle de Josefá, donde está Dios sentado y puede esperar en consecuencia sin cansarse, sino al campo de la República, donde la patria moribunda nos tiende los brazos suplicantes, dejándonos de simplezas de cómo se han de guisar las perdices antes de haberlas derribado al suelo de una perdigonada.

GCXIII

Amos, anagrama de Mesa, que es un río francés, y de Osma, que es el momio español de Perico Lagüera, el más cascarrabias de los obispos absolutistas que cobran nómina liberal, es el tercero de los profetas chicos, entre los cuales debe ser contado por el más cerril y silvestre, á causa de su condición de pastor.

Pues así como ha habido literatos que, legítimamente aburridos de la estéril pluma, se han metido á guardar ovejas, pastores se han dado con las propias manos que ordeñaban las cabras, y si venía al caso trasquilaban los burros, han empuñado la péndola y rasgueado famosos disparates sobre el primer asunto que les ha saltado en la mollera. Ejemplo sobresaliente fué este Amos, que guardando vacas y puercos en el pueblecito de Thecué, próximo á Belén, se sintió de pronto zarandeado por el espíritu profético y comenzó *ipso facto* á dar lecciones de eternal sabiduría, para vergüenza de doctores y rechifla de licenciados en sagrados cánones, mentecatos que imaginan ser precisos sendos cursos de metafísica y astrología para entender de Dios y disparatar sobre sus cualidades de omnisciente y omnipotente, uno y trino, hijo y padre y palomino:

Tan estupendo acontecimiento se verificó sin señal previa, como si fuera la cosa más sencilla y corriente de este mundo de lipendis ortodoxos; pero trajo á la rastra, como no podía menos, una conflagración general de los combustibles que

guarda en su seno la madre tierra. Quiero decir con estos circunloquios, que la profecía de Amos produjo un terremoto, convulsión que me explico llanamente por la risa estrepitosa que debió causar al planeta ver á un desteta chivos oficiar de revelador hasta la consumación de los siglos, que durará la Iglesia católica que le ha canonizado y le canta misa los 31 de Marzo de todos los años, sin exceptuar siquiera los bisieptos.

En anunciar este temblor de tierra consiste, al decir de los intérpretes, toda la sal y pimienta de la profecía de Amos. Pero por más que he tenido la pachorra de leérmela de cabo á rabo varias veces—pecado literario que satisfaré teológicamente comiendo una perdiz y una trucha, dulcemente consociadas en un plato, el próximo jueves santo,—no he podido topar con versículo ni palabra que de tal fenómeno sísmico nos hable, ni cuándo había de suceder, ni los destrozos que habría de causar, ni nada, en fin, que tenga sentido común, ni sentido geológico, ni siquiera sentido literario; pues el tal requesonero de Amos podría tener muchas habilidades para tocar la zampoña ó rascar la bandurria, pero en cuanto á escribir, allá podía apostárselas con Carulla en verso, ó en prosa con Cánovas del Castillo.

Y dicho esto del pezuño del hombre, ¿qué dire de la destartalaña profecía? Pues que comienza tratando á Dios de carnícera. *El Señor rugirá desde Sión*, dice muy orondo el pastorete metido á literato; que haciendo gala de giros culturanos, nos habla de que *por tres cosas y por la cuarta*, que no señala, hará Dios y acontecerá en castigo de Damasco y Gaza, Azot y Asealon, de Accaron y Tiro, de Edom, Besra y Theman y Ammon, á cuyos habitantes ha de pasar á cuchillo el cuello, como si fuesen chotos de cabra.

Después de esta carnicería de los extraños,

Jehová se ensaña con los propios, siempre mediante el jarabe de lengua profético de Amos, y dice que enviará fuego sobre Judá que abraze á Jerusalem, y que á los de Israel los hará gigote por intermedio y mano de los incircuncisos amorreos. Advierto que todas estas cantinelas de cirujano en operaciones, ó de incendiario en ejercicio, dice Amos que las pondrá en solfa de Jehová por tres razones, que dice, y una que se calla, y debía ser la más negra. Los que presumen de saber hebreo, dicen que eso de las tres y la cuarta es un giro, si no elegante, castizo entre los que se cortan el prepucio. A mi no deja de parecerme giro, si, pero un giro como el de un boricco que tira de una noria.

Aquellos que posean un temperamento decididamente linfático, cachazudo y soñoliento, como el de esos republicanotes que ahora chillan proclamando la Revolución para cuando los arzobispos metropolitanos y los timbaleros de la casa real consideren llegado el caso de coger el trabuco y salir á las barricadas á batirse contra las moscas y las liendres que se opongan á la obra nacional de la República, pueden y deben, al dormir la siesta y para conciliar el dulce sueño de una buena digestión, leerse el capítulo III de la profecía de Amos, y también el IV, en el caso de no haberse dormido leyendo el III.

Pues si es verdad, como asegura un puerco higienista, que es un buen medio de dormirse repetir muchas veces una cuenta de números ó una serie de palabras sin sentido—verbi gracia, la salve—nada más propio que estas milésima y milésima y una repeticiones de los castigos que Dios tiene preparados á sus hijos por las faltas cometidas en la guarda y cumplimiento del morrocotudo pacto sinalagmático de Sinai, modelo en piedra berroqueña de la filosofía política de mi ilustre amigo D. Francisco Pi Margall. La apretura el afinamiento, y los apuros en

que ha de poner Dios á los israelitas, acertando por excepción con la palabra, los pinta así Amos en el capítulo V.

«Como si un hombre huyendo de la vista de un león, viere un oso, y entrando en casa, y apoyándose con su mano en la pared, le mordiese una culebra.»

En este mismo miserable estado ha de verse cualquier republicano que, por repulgos empalagosos de una conciencia turbia, ó por enconos indisculpables aun cuando fueran legítimos contra alguna personalidad, abandone la recta vía de la Revolución que le imponen sus deberes políticos.

Al huir del león revolucionario dará con el oso evolucionista, que se le reirá en las barbas y le hará hacer penitencia á la puerta de la Iglesia posibilista con un cirio en la mano y una coraza en el cogote. Y, si por acaso, tirase el cirio y repugnara la coraza, metiéndose en su casa, no le faltarán algún amigo que haciendo de culebra le muerda en la mano, llamándole cobarde y desertor del imperativo categórico de Kant, que es un apellido alemán peligrosísimo, pues con sólo añadirle una o al traducirlo al castellano, resulta un canto en que se han roto más de cuatro filosofantes las narices.

Advierto que me encuentro más divagador que de ordinario. Efecto, sin duda, del tiempo infame que la meteorología, y la política de consuno se han traído en este mes de Marzo, que empezó con dos manifiestos copiosos y dos nevadas republicanas, en pretensión de purificar la atmósfera revolucionaria y aplicarle un vegigatorio á la inflamación motinesca, vegigatorio cuyos efectos están ya empezando á sentirse en la uña del dedo gordo de mi pie izquierdo y en la punta del picacho de Mulhacen.

Pero volviendo á mi cuento, sin olvidarme de mis cuentas, he de advertir que si Amós se tiró

á las profecías, con la bravura y donaire que Mazzantini se tira al toro después de plantarle á su gusto, no lo hizo sin peligro y sin cogida. Un Amasias, que allá en Betel oficiaba de patriarca de las Indias, digo, de sacerdote de las diez tribus confederadas, harto de los desplantes del pastorete, publicó también su manifiesto, en vindicación de los fundamentos sociales y de la pitanza teológica, manifiesto que enderezó al rey judío, aconsejándole que diese catite á aquel revolucionario impenitente salido de entre las ovejas.

El rey llamó á Amós, pero en vez de desoliarle por entences, se contentó con desterrarle, mandándole que profetizase en cualquier parte, menos en su tierra, que es donde hacía falta. Amos, que no se hacía de pencas, replicó á Amasias:

No soy profeta, no soy hijo de profeta: sino que yo guardo unas vacas, y voy repelando cabrahigos—Dios me dijo: ve á profetizar.—Me dices tú ahora: no profetices.—Por tanto: Tu mujer fornicará en la ciudad...»

Declaro que de todas las consecuencias que he visto sacar en este mundo, incluso la República nacional por una revolución que hagan los arzobispos y los timbaleros supradichos, ninguna ni tan graciosa ni tan lógica como esta que le saca Amós al rey Amasias: *por tanto, tu mujer fornicará en la ciudad.* ¡Profundidades de la metafísica!

Amós tuvo sus correspondientes visiones, como profeta que, aunque chico y cerril, fué al fin y al cabo.

La primera visión fué la de Dios, que al frente de un ejército de langostas, correctamente formadas en regimientos, batallones, escuadrones y baterías, se paseaba por los campos y montes de Israel, dándose un hartazgo de yerba.

La segunda visión fué la de un garabato, ó sea percha para coger fruta, cuyo sentido místico tiene tres pares y medio de bemoles.

La tercera y última visión que vió Amós fué al propio y mismo Jehová de pie sobre el altar de los holocaustos, que le hablo tú por tú, para decirle una porriliada de atrocidades que el profetilla echó a volar por entre sus compañeros del monte, con gran perjuicio del orden público y desdoro de la majestad real y presugios clericales.

Por lo tanto, Amós pagó con su piel las canciones que cantó, quiero decir, que le *ajusticiaron*.

No le estuvo mal, por no esperar á que la revolución que profetizaba, se hiciese por sí sola. ¡Bien se conoce que no había cursado en ciertas universidades!

CCIV

LA PROFECIA DE ABDIAS

Abdias no se sabe quién fué, ni cuándo, ni dónde vivió, pero esto no obsta (¡qué ha de obstar!) para que la iglesia católica y aun la protestante (si eso es iglesia) le tengan consagrado por profeta, á causa de una especie de artículo de periódico, bastante mal trazado, por cierto, que bajo este nombre, que se interpreta *siervo de Dios*, hallaron los rebuscadores de papelotes místicos, en cualquier tienda de especería alejandrina ó jerosolimitana, destinado á envolver alcarabea.

De allí le sacaron y le plantaron en la *Biblia* sacra, donde hacen de enorrada ó escurridura profética sus 21 miseros versículos, en que promete a los idumeos la gran paliza de mano de Jehová, por el crimen de haber dejado desamparados en una guerra ó calamidad que no se determina, á sus hermanos los israelitas.

¡Tiene gracia la cosa! Los judíos roban la primogenitura á las idumeos, los acorralan en los montes, los apalean en multitud de ocasiones,

los desprecian por idólatras; pero cuando se ven en trances apurados los llaman hermanos, les recuerdan la obligación que tienen de socorrerlos, y por no verificarlo así, con peligro inminente de su vida, abominan de ellos y les profetizan horrores. ¡Puede darse mayor cuquería, y al propio tiempo más grande sin razón que amenazarlos de muerte para cuando se vean un poco desahogaditos?

Con este motivo, y en demostración de que en el tiempo de su miseria comprenden mejor los pueblos la verdad que suele la prosperidad ocultarles, Abdías escribe esta palabra sublime, aunque más antigua que el andar á pie:

Así como hicistes se hará contigo.

Palabras que traslado á esos tan queridos como extraviados amigos míos, que después de haber estado trabajando un año en disponer y concertar la coalición republicana, por si ésta va más allá de un justo medio metafísico tan incoercible como imponderable, así que la coalición se ha pactado se revuelven contra ella, y á sus expensas andan zurciendo un partidillo, que vendría, de cuajar, á ser contra la voluntad misma de sus patronos piedra de escándalo republicano y estorbo á la revolución. Porque hay en el mundo fatalidades, como ésta de que se queja amargamente Abdías; pues lógico encuentro que los maltratados idumeos vieran, no sólo impasibles, sino con cierto gozo íntimo, que sus malísimos hermanos los israelitas fuesen apaleados y llevados al cautiverio. Así como hicistes se hará contigo.

Ahora debiera, para no dejar ruín este artículo, ocuparme en el profeta chico subsiguiente; pero como este ciudadano es Jonás, el de las estupendas aventuras terrestres y marítimas, el cascarrabias que hasta con Dios se ponía de morros, no cometeré la falta de anticipar sucesos, ni la sobra de desflorar risas, que habrán de ser

cumplidas, y dejaremos para la semana que viene.

No es hoy tiempo de reír, sino de llorar sobre las memeces republicanas que sirven de abono y riego á esa planta ruin, desmedrada y mortecina de la restauración borbónica.

CCXV

LA PROFECIA DE JONÁS

Jonás no es un nombre, sino que es un mote, que se interpreta en castellano por *palomo* ó *palomino*. Su padre se llamaba Amati, y su madre, cuya filiación desconocemos, le parió en Getofer, pueblo de la tribu de Zabulón, donde le crió bien ignorante de los altos fechos y estupidas aventuras que le habian de pasar al mamoncillo el tiempo andando, por disposición, ó quizá indisposición del alto y omnipotente Jehová.

Pues es de saber que *Palamo* no tenía maldita la afición á la carrera de profeta; pero Dios se empeñó en que lo fuera, y de aquí, dado el genio terco y desabrido de Jonás, una serie de querellas en que, ¡vaya una gracia! Dios se salió con la suya, y á *Palomo* le hizo pasar las de Caín; bien que se las recompensó dignamente haciéndole santo más tarde y procurando que su sepulcro fuese famoso.

Mas si Jonás fué profeta contra su voluntad, vengóse de su destino yéndose á profetizar á los gentiles, que forzosamente no le habían de hacer caso, y escribiendo sus profecias á modo de memorias, en que no la majestad, ni la misericordia, ni la sabiduría, ni la bondad de Dios adquiriesen brillo, relieve y autoridad, sino su propio mote fama inextinguible.

Veamos cómo.

Hallábase *Palomo* no se sabe dónde, cuando de pronto vino palabra de Dios, á modo de charrón, que le mandó ir á Ninive á pregonar.

Jonás en vez de ir á Ninive, se largó á Tarsis, camino opuesto, y de allí á Jope, donde se embarcó, dispuesto á esconderse en el extremo de la tierra antes que ir á hacer el oso entre los ninivitas. ¡Pero bueno es Dios para con los rebeldes! Apenas le vió huir en el navio, comenzó á soplar en el mar, levantando cada montaña de olas, que el pobre barco y sus tripulantes se zarrandeaban como un argadillo y consideraban éstos cada instante el último de su existencia.

Jonás, viendo la que se había armado en el mar, tomó la heroica resolución de bajarse á la cámara y echarse á dormir, haciéndolo al poco como un lirón, para que la muerte, si sobrevenia el naufragio, le pillase descansado. Pero uno piensa el bayo y otra el que lo ensilla. Los marineros, afrontando el peligro comenzaron por echar al agua los equipajes, y después, observando que cada vez se ponía más feo el mar, empezaron á rezar, clamando á sus dioses y ofreciéndoles el oro y el moro si les sacaban con vida del trance horrible en que se veían.

Observando que las oraciones tampoco surtían efecto, decidieron tirar un hombre al mar, para satisfacer la cólera divina, y, echadas suertes, tocóle la paja larga al dormilón de Jonás, que después de declarar su patria, religión, y el reconcomio que se traía con Jehová por lo de la profecía, les dijo que le echasen al agua sin miramientos, si querían que las olas y los vientos se sosegasen. No se hicieron de rogar los marineros, pareciéndoles excelente el remedio teológico que habían discurrido, y, ¡cataplum! tiraron por la horda al piélagos alterado el cuerpo del profeta.

«Y tenía dispuesto el Señor un grande pez que se tragó á Jonás: y estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches. E hizo Jonás oración al Señor Dios suyo, desde el vientre del pez.»

No he querido por mí mismo referir el estu-
pendo milagro, sino tomarle hecho del Espíritu
Santo, que le narra con la asombrosa sencillez
que le es característica.

Este pez que se traga á Jonás, y en cuya tripa
el profeta vive tres días como en su propia casa,
cantando salmos y endechando al altísimo á
quien había desobedecido, dicen que era una ba-
llena, cosa que pongo en duda, porque ballenas
allá en el fondo del mar Mediterráneo no se han
estilado jamás; más, en caso que lo fuese, ¿cómo
diablos se las arregló el profeta para respirar
dentro de la tripa del cetáceo? ¿Cómo el cetáceo
más tarde para vomitarle sano y salvo sobre
una playa que no se nombra? Misterios espeluz-
nantes son éstos que me guardaré yo de profun-
dizar, porque como dicen los católicos, para Dios
nada hay imposible, y, de haber querido, tan có-
modo se hubiese encontrado Jonás en la tripa de
una trucha, cien veces más chiquita que él, que
en la barriga de la ballena. Por esto encuentro
tonto y majadero que los intérpretes se anden
haciendo cálculos sobre la capacidad del vientre
de la ballena con relación al volumen de Jonás.
Las cosas místicas y proféticas creerlas á pie
juntillas ó reirse de ellas. Yo he optado por esto
último. ¿Quién es el mentecato que se traga esto
de Jonás? Que levante el dedo y diga su nombre,
para señalarle con una cinta que le cuelgue de
la nariz.

Tan pronto como el pez vomitó á Jonás, aco-
metióle Dios de nuevo, mandándole largarse á
Ninive. El profeta, viendo las que gastaba su
Señor, agachó la orejas y emprendió la marcha.

*Y Ninive era una ciudad grande, á tres días
de camino*, dice el P. Scio, mientras otros tradu-
cen, *de tres días de camino*, lío de mil demonios,
pues por el primer texto resulta una grandísima
mentira geográfica (Ninive estaba bastante más
de tres días de camino á pie ó en burro, que es

como caminaría Jonás, de la costa de Palestina
donde le vomitó la ballena) y por el segundo una
andaluzada de topografía, puesto que Ninive con-
ser grande, no tenía de ruedo tres días de viaje.

Dejando esto á un lado y en cuenta corriente
de memeces católicas, el caso fué que Jonás se
plantó en Ninive y dió el recado de Jehová á sus
maleantes habitantes.

Aún cuarenta días, y Ninive será destruida,
les dijo; á lo que ellos contestaron ¡cuerno! yen-
do á llevar la noticia al rey llenos de canguelo.
El rey que tal oyó empezó á dar diente con dien-
te, y se levantó de su trono, y se despojó de su
vestido, y se vistió de saco, y se sentó sobre ce-
niza. No quiero detenerme á pensar cómo este
rey se pondría las posaderas, si por acaso la ce-
niza estaba caliente, porque me corre prisa de-
clarar que el monarca empezó á chillar como un
desesperado, y, llamando á sus Cánovas y sus
Sagastas, publicó el siguiente bando:

«Hombres y bestias, y bueyes y ganados, no
»gusten cosa alguna: ni pazcan, ni beban agua.
»Y los hombres y las bestias vistan sacos, y cla-
»men al Señor con ahinco, y conviértase cada
»uno de su mal camino y de la iniquidad que hay
»en las manos de ellos.» Esto es lo único que me
faltaba saber de un rey, para remachar el clavo
de mi republicanismo y leer en la *Biblia Sacra*
para petrificarme en mi resolución de hacerla
prás risas, al alcance de todos los labios.

¡Ave María Purísima!—diré á moda de cura
que finge asustarse de que haya quien se burle
de sus iarsas!—¡Ave María Purísima! ¡Haber
existido un rey de un gran imperio, si por la
capital que tenía tres días de camino en redondo
(dato bíblico) se ha de inferir la magnitud del
reino, que, porque un desastrado extranjero, re-
cien vomitado por un pez, se le entre puertas
adentro de la ciudad y vocee que será destruida,
se revuelca en ceniza después de destrozarse la

ropa, y manda echar pregón de que ayunen los burros y los mulos, las ovejas y los gatos, á fin de aplacar la ira de un Dios que no conoce y con quien nada tiene que ver. ¿Ha concebido ningún loco de Leganes más estupendo disparate? ¿Cayeron jamás los autores de los estafalarios libros de caballerías en la sandez de hacer ayunar á los caballos cuando les venían mal dadas las aventuras á los caballeros? Pero aún hay más, lector, aunque parezca mentira. El alto, fuerte, celoso y omnipotente Jehová, que había determinado acabar con Ninive, porque así se le había antojado, en vista de este ayuno y cilicio de los animales cuadrúpedos y de los bípedos, en atención al pregón regio y á las regias revolcaduras en ceniza, cambia de humor, entra en ganas de hacerse misericordioso y (mutación de escena que dicen los cómicos), perdona á los ninivitas.

Jonás—es claro, dado su genio cervil y corajudo—al ver que Dios, en vez de hacer buena la profecía que tantos apuros le había costado en el vientre de la ballena, se hace de peneas para los ninivitas, sálese de la ciudad hecho un basilisco, pidiendo á Jehová que le quitara la vida, ya que tan en ridículo le había puesto. Jehová le pasa la mano por el corro á su profeta, diciéndole: *¿Crees tú que tienes razón para enojarte?*

No consta la respuesta de Jonás, quizá por demasiado viva y enérgica. Lo que consta, es que Jonás se sentó frente á una de las puertas de Ninive, para ver lo que pasaba, pues no tenía gran fe ni en la ira ni en la misericordia de Dios, cosa que comprendo en un hombre que tan de cerca vió los ejercicios acrobáticos del buen Jehová, sólo comparables á los de nuestro don Cristino Martos, que así pasó de la República á la monarquía como había antes pasado de la monarquía á la República, hallándose á lo que se dice dispuesto á darnos nuevas muestras de su aptitud para los saltos mortales.

Jehová, sin embargo, que no se dejaba imponer, viendo á Jonás enojado porque Ninive no había sido destruida, hizo un milagrejo puramente botánico para sacarle de su enfado. Al efecto, fabricó en una sola noche una añosa y enlazada hiedra, que sirviendo á Jonás de quitasol, le libró quizá de un tabardillo al día siguiente, mientras esperaba sentado bajo un sol de fuego la ruina de la ciudad. Hallabase tan contento y fresco Jonás con su milagrosa sombra, como un chico con zapatos nuevos. Pero Dios, que tiene más recámara de lo que parece, envió un gusano que, picando la hiedra, la secó en un instante. Entre un sol de fuego y un viento de llama, que poco después salieron por orden de Jehová, el pobre Jonás se sofocaba, sin el resguardo de la hiedra, y, aburrido del todo, clamaba al Altísimo que le quitara la vida por un procedimiento más rápido y menos incómodo que aquel achicharramiento de los cascos. (¡Quizá fuera Jonás calvo y hubiera perdido el gorro!)

Jehová, vista la desesperación de su profeta, corre á su lado y en espíritu puro, pues no toma forma alguna, entabla con el este diálogo:

JONÁS.—*Mejor me es morir que vivir.*

JEHOVÁ.—*¿Crees tú que tienes razón para enojarte por la hiedra?*

JONÁS.—*Razón tengo para estar disgustado hasta desear la muerte.*

JEHOVÁ.—*Tú te dueles por la hiedra, en que no trabajaste, ni la hiciste crecer: la que en una noche nació, y en una noche pereció. Ni que una mariposa efímera.) ¿Y yo no perdonare á Ninive, ciudad grande, en la que hay más de ciento veinte mil hombres, que no discernen lo que hay entre su derecha y su izquierda, y muchas bestias?*

Aquí, de sopetón, acaban el diálogo y la pro-

fecia, sin duda, cortado el primero por no dejar oír la respuesta que el buen Jonás debió dar á Jehová. Porque yo no dudó que le contestaría, para decirle: Pues si los habías de perdonar, y tú que lo sabes todo lo sabías de antemano, ¿no vengo yo á ser el geringado en este negocio? Y el geringarme á mí, que soy tu profeta, dos veces nacido, una de mi madre y otra de la ballena, ¿no es una picardía? Sí. ¿Y por qué, señor, por qué? Por salvar hombres que no saben lo que tienen entre su izquierda y su derecha, cuando yo sé que tengo una barriga á prueba de bombas, por haberme pasado tres días sin comer.

Aquí acaba, como he dicho, la profecía, quiero decir el disparate más grande que se ha concebido. Cualquiera preguntará, ¿y por qué los curas han puesto semejante esperpento en la *Biblia*? ¿Por qué, bobalicón de preguntante? Porque sin razón disparatón no se hubiera podido explicar otro más gordo todavía. Jonás es una figura retórica, la ballena otra figura, y los tres días que estuvo el uno en la otra embutido, otra figura. Y estas tres figuras son la representación viva y palpitante del Hijo de Dios, del sepulcro en que le puso José de Arimatea, y de la Resurrección que inventaron las tres Marias del Evangelio.

¡Mira tú si la cosa tiene intringulis!

CCXVI

LA PROFECÍA DE MIQUEAS

Miqueas fué un judío legítimo. Nació en Maresa, cerca de Hebrón, y escribió en aquel tonillo agridulce, que alterna los palos con las caricias, el furor de Dios con la misericordia divina, propio de los visionarios auténticos. Puede decirse que pertenece al siglo de oro de la chifladura profética, ó estilo pomposo y declamador

de la literatura teológica; pues fué contemporáneo de Isaías el grande y de un montón de judíos chiquirritines, que ya presentían sobre sus costillas el ramalazo con que iban á señalarlos para el mercado de esclavos los asirios y caldeos.

No se sabe quién ni cuándo le martirizó, ni siquiera por cuál fechoría ó hazaña le sacrificaron; mas esto no empece á que la iglesia le cante misa el 15 de Enero. Sin duda avisaría por teléfono Jesucristo á Perico Apóstol acerca de este caso y cosa, cuando el Hijo de Dios, desde el sepulcro en que le puso José de Arimatea, se fué de escurribanda al seno de Abraham á dar suelta á los santos que allí estaban por siglos, mano sobre mano, aburridos y amolinados, en expectativa de esta última y definitiva aventura evangélica, que pudiera titularse la *batuda inferna por todos los artistas de la compañía*, como dicen en los circos ecuestres. Además, consta que un tal Zebeno, obispo de Eleuterópolis, más de cuatrocientos años después de muerto Miqueas, inventó los huesos de este profeta, por revelación que le hizo Dios en una noche de cabrante para que los católicos puedan hartarse de rezar á este santo, sin desprestigio de su gravedad de borregos místicos.

He insinuado que Miqueas pertenece al grupo de los buenos escritores proféticos. Ya en el primer capítulo nos lo prueba, escribiendo esta palabra, digna de Isaías, para anunciar la destrucción de Samaria:

«Y todas sus estatuas serán destrozadas y todas sus dádivas quemadas en fuego, y destruiré todos sus ídolos: porque se han recogido del precio de la ramera, y en paga de la ramera se tornarán.»

Está bien esto de que las dádivas de los templos son precio de la ramera, que en paga de la ramera se tornarán, y parece profetizado de la

corona de una virgen del Carmen, que yo me sé y me callo, regalo de una aristocrática adúltera con multiplicados adulterios, y robada que fué por un exsacristán, para rendir con el precio á cierta moza de buten, á quien inútilmente corté-jó antes con las pequeñeces que arrapaba de los cepillos y de las vinajeras.

«Sobre esto planiré y daré alaridos: andaré »despojado y desnudo»: añade el buen Miqueas. Yo, ménos exaltado y más práctico, me contento con haberme reformado á mí propio, tirando al arroyo toda religión positiva y aconsejando á mis compatriotas, y aun á los extranjeros que hagan otro tanto; pues mientras haya curas de por medio entre Dios y el hombre, la explotación de éste es segura y el vilipendio de aquel indefectible.

En el capítulo II decae miserablemente el profeta, repitiéndonos lo que quince otros nos dicen en variadísimos tonos; esto es, que Dios, después de destrozar á sus hijos por mano de los caldeos, rebuscará las reliquias de ellos, para ponerlas on la espetera del mundo por medio de su unigénito, que les enviará para que se le crucifiquen como á un bandolero. Y como esto se ha repetido tantísimas veces, al fin los católicos se lo han creído, ni más ni menos que le pasa á un amigo mío andaluz con las mentiras que inventa. A fuerza de repetir las y esforzarse en hacérselas tragar á los demás, concluye por tragárselas él mismo. ¡Oh, vieaventurado varón!

«Y se avergonzarán los que ven visiones, y »confundidos serán los adivinos: y todos cubrirán sus rostros, porque no hay respuesta de »Dios.»

Tomado así, como aparece, suelto y desgarrado del capítulo III en que se contiene, este versículo resulta puramente librepensador, y nada tendría que oponerle, si el buen Miqueas, aplicando á la profecía la ley del embudo, lo ancho

para él, lo estrecho para todos los demás, no nos dijese á continuación:

«Mas yo estoy lleno de fortaleza del espíritu »del Señor, de juicio y de virtud», palabras de un infatuado, que, haciendonos reir á cósta de su fatuidad, deben afirmarnos en nuestra opinión de que un profeta triunfante, ó verdadero, es lo mismo que uno de los otros por dentro, aunque un poco más afortunado por fuera.

Gatuperio profético.

Los versículos I, II y III, del capítulo IV de Miqueas, son exactamente los mismos, palabra por palabra, que hemos leído en el capítulo II de la profecía de Isaías. ¿Qué quiere decir ésto? ¿Que Miqueas fué posterior á Isaías? Bueno. ¿Pero qué nos importa este detalle cronológico?

En esos tres versículos, que empiezan con esta palabra eminentemente profética, y *acaecerá*, es donde los clérigos encuentran más claro y explicito el anuncio de que Jerusalem, quiere decir, el Cristo, que de ella había de salir, reinaría perpetuamente sobre todas las naciones de la tierra por tiempo indefinido en perpetua paz. Pues bien, la prueba evidente de que esta profecía no es obra de un hombre, fuese Isaías ó Miqueas, sino la opinión de un pueblo obcecado, es que, mudadas las palabras, la hallamos en libros anteriores y posteriores al tiempo en que éstos vivieron. Y la contraprueba de que jamás se entendió como la entienden los católicos, quiere decir, aplicable al reino del Evangelio ó del Dios-Cristo, es que Miqueas, con menos trastienda, que Isaías, nos explica lo que esta profecía significa. La estampa, en efecto, y pasa á comentarla en la forma siguiente:

«Porque todos los pueblos andarán cada uno »en el nombre de su Dios: mas nosotros andaremos en el nombre del Señor-Dios nuestro para »siempre y más allá.»

¿Se quiere prueba más clara de que la profe-

cia se refiere á la dominación de los judíos desde Jerusalén sobre los pueblos de alrededor, y que para nada reza con lo de universal religión la religión de Jacob?

Pues allá va.

Dice Miqueas: «Y reservaré para residuos á »la que cojeaba (esta que cojeaba es Jerusalén), »y á la que era afligida para formar un pueblo »robusto: y reinará el Señor sobre ellos en el monte de Sión, desde ahora y hasta en el siglo.»

Parece imposible que la Iglesia romana haya acogido en su *Biblia* estas cosas; pues con sólo leerlas y meditarlas un poco los católicos, caerán de su asno de la infalibilidad pontificia, pues Sión es Jerusalén y no Roma, y el Mesías, que se dice profetizado, un caudillo del pueblo judío que recogió sus residuos dispersos en extrañas tierras y los restablece en la propia.

Pero afortunadamente, los católicos no leen, ni menos meditan, y si por acaso lo hacen, es bajo el patrón clerical, que equivale á una albarda.

Ahora seras destruida, hija de ladrón: He aquí el piropo que dirige Miqueas á Jerusalén. Mas si con la gran ciudad se muestra tan severo y áspero, en cambio pone en candelero á una pequeño y desconocida aldea. Véase la morrocotuda profecía.

Y tú, Bethlehem Ephrata (ó sea Belén en castellano limpio), «pequeña eres entre los millares »de Judá: de tí me saldrá el que sea dominador »de Israel, y la salida de él desde el principio, »desde los días de la eternidad.»

Estos días de la eternidad, que tienen pelos como las ranas, son un decir que en nada empañan la gloria profética de Miqueas, el sólo, el único, el exclusivo depositario de Jehová, en cuanto al gran secreto de la geografía teológica, ó sea el pueblo en que el Mesías había de nacer.

Belén Efrata, un pueblecillo así como Nava-

conejos ó Zamarramala, fué el designado por Jehová para el gran gatuperio ginecológico, al decir de Miqueas; y tan en serio lo tomaron los rabinos, que cuando Jesús andaba por el mundo disputando con los fariseos, alegáronle ellos este texto, para confundir al nacido en Nazareth. Los católicos, más avisados que el fundador de su religión, y más enterados del librote de Miqueas, para unfar con tocino los argumentos farisáicos cuando más adelante escribieron los Evangelios, no se olvidaron de introducir en él á Herodes, el destripachiquillos, que con su decreto de degollina hace á San José y á María huir á Egipto y pasar por Belén, donde, acometida la madre de dolores de parto, nace el hijo en un pesebre.

Lo que Miqueas no puntualizó, fué la perpetua virginidad de la fugitiva, ni siquiera la preveía; pues dice sencillamente:

*Por esto los abandonará hasta el tiempo en que parirá la que ha de parir, sin meterse en honduras virginales; cosa tanto más chocante, cuanto que se trata de un copista de Isaías, que en esto de la *inmaculada* hizo hincapie.*

He dicho que Mequías fué un profeta de recámara. Lo de Belén bastaría para probarlo; pero quiero poner otra profecía, que todavía le da á ésta quince y falta.

«Y serán los residuos de Jacob entre las gentes en medio de muchos pueblos, como el león »entre las bestias de la selva, y como el cachorro del león entre los hatos de las ovejas: que »cuando pasare, y hollare é hiciere presa, no »habrá quien se la quite.»

¿No están transparentándose en estas líneas esos centemares de Rotschids, esparcidos por las capitales de Europa, que do quiera que ven una onza de oro la atrapan, donde vislumbran un negocio se quedan con él, y por donde pasa una peseta allí se colocan ellos de aduaneros

para pellizcarla 35 céntimos? Pues si ello es así ¿á qué me ha colocado la Iglesia á Miqueas entre los profetas chicos, cuando va resultando el más todote del género? Porque la Iglesia no sabe hacer una sola cosa á derechas, sino es sacar dinero, que lo saca á tuertas también.

Aunque acostumbrado á las enormidades bíblicas, se me hace demasiado fuerle esta palabra de Miqueas, para pasarla en silencio:

«Oid lo que dice el Señor: Levántate y disputa en juicio con los montes, y oigan los collados.»

Protesto de que si á mí se permitiera Jehová, ó cualquier otro dios, enviarme á ponerles pleito á los montes y suscitales querellas á los cerros, le hubiera enviado noramala, aunque hubiera tenido que sufrir, como Jonás, la incomodidad de vivir tres días seguidos en la tripa de una ballena.

A esta enormidad retórica siguen tres versículos en que el Evangelio y el cristianismo todo entero se continúan.

Helos aquí, para vergüenza eterna de católicos faranduleros, y de la turba multa de filosofastros que se llenan la boca de viento, para repetir esas sandeces de que hasta Pilato azotó á Cristo nadie conoció en el mundo la verdadera Religión y la única moral digna de respeto:

«¿Qué cosa digna ofreceré al Señor? ¿doblaré la rodilla al Dios excelso? ¿por ventura le ofreceré holocaustos, y becerros de un año?

«¿Pues qué, puede el Señor aplacarse con millares de carneros, ó con muchos millares de gruesos machos de cabrio? ¿ó le ofreceré mi primogénito por mi maldad, el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma?

«Te mostraré, ó hombre, lo que es bueno, y lo que te demanda el Señor: Esto es, que hagas justicia, y que ames la misericordia, y que camines solícito con tu Dios.»

Haz, pues, justicia, bobalicón de católico rutinario; ama la misericordia, y déjate de misas y de sermones, de confesonarios y sacristías, de hostias y bulas, de curas y de chantres, de monjas y de frailes; porque todo eso holocaustos son, pero no son la religiosidad que te pide el profeta Miqueas, del mismo modo que te la pidió el profeta Isaias. ¿No quieres obedecer la palabra de Dios? Pues otra más clara no consta en la *Biblia*. ¡Algo bueno habíamos de sacar de este librote!

Concluye Miqueas su libro con elocuentes gritos de dolor y sublimes palabras de consuelo. Al buen hombre le tocó vivir en unos tiempos tan miserables, que comparados con ellos, hasta estos aburridos días de Sagasta (en que he visto respetuosamente descubrirse á uno que blasona de patriota y de españolismo, y es monárquico de oficio, ante el coche real que pasaba por la calle de Alcalá, llevando sobre sus mullidos almohadones á Cristina de Hasburgo y á Enrique de Hohenzollern), son una especie de dorada edad.

«No os creais del amigo—dice el pobre Miqueas—«ni os fieis en el caudillo: de aquella que duerme en tu seno guarda los conceles de tu boca. Porque el hijo ultraja al padre, y la hija se levanta sobre la madre, la nuera contra su suegra: y los enemigos del hombre son sus domésticos.»

A un hombre que vive entre tales canallas, debe dispensársele el ser profeta, y hasta creer en un Dios vengador de tanta maldad; como se le debe dispensar que se vuelva á ese Dios, y exclame:

«¿Quién es, ó Dios, semejante á tí, que quitas la maldad, y olvidas el pecado de las reliquias de tu heredad? No enviará más su furor, porque es amador de misericordia. Se tornará y tendrá misericordia de nosotros; ¡sepultará